

Azorín

RÉSPICE A CARMEN

No tenemos más remedio; no lo podemos evitar; es nuestro deber no evitarlo; si lo evitáramos, cometeríamos una falta de sinceridad; las faltas de sinceridad son graves en el crítico literario; no hay que decir que lo son también en toda clase de gentes. Y si no lo podemos ni debemos evitar, ¿qué es lo que procede en estos momentos? ¿De qué modo comenzaremos nuestro Réspice a Carmen? A Carmen Laforet, puesto que de Carmen Laforet se trata. Habremos de comenzar diciendo: "Carmen, lo sentimos mucho; Carmen, no podemos evitarlo; Carmen, le pedimos perdón por las palabras que vamos a escribir; Carmen, le presentamos a usted todas nuestras excusas". Y dicho esto, añadimos, con cierto ceño, que tratamos de suavizar: Eso que usted, Carmen, ha hecho, no lo esperábamos de usted; esas cosas son cosas que no se hacen; por lo menos debió usted advertirnos; sin la advertencia previa, cuando se van a hacer cosas como la que usted ha hecho, el caso es más grave. Si fuéramos jurisperitos, o por lo menos, rábulas, diríamos que ha procedido usted con alevosía; hay en su caso agravantes de premeditación y de nocturnidad; no sabemos si habrá alguna otra. Decimos de nocturnidad, porque eso que usted ha hecho se suele hacer de día; pero también, en muchos casos, se hace de noche: de noche, cuando no nos molesta nadie, cuando no suena el teléfono llamándonos, cuando no recibimos visitas, cuando no nos pasan una carta urgente, que suele ser urgente, no para nosotros, sino para quien la remite. Carmen, ha hecho usted algo que la desmerece a nuestra vista; durante mucho tiempo, días y semanas, hemos estado titubeando; no nos decidíamos a inculpar, a reprochar, a acusar, como lo vamos a hacer incontinenti; lo vamos a hacer, porque se nos impone como un imperativo de la conciencia. ¿Y qué es lo que ha hecho usted? ¿Qué es lo que suscita nuestra indignación? ¡Ahí nada, un bello libro! Un libro que se titula "Nada"; un libro que viene a ser una cosa nueva en nuestra novelística. ¿Y usted, Carmen Laforet, cree que se puede publicar impunemente una novela original, una novela bellísima? Ha debido usted, para nuestra tranquilidad, avisarnos con tiempo; en esto del aviso previo insisto mucho.

No se puede publicar un bello libro; no es posible dar a las prensas una novela que viene a renovar la novelística, como la renuevan algunas otras novelas de algunos otros novelistas; no quiero nombrarlos en estos momentos, porque quiero que estos momentos, de peluca, de fraterna, de réspice, sean todos para usted, Carmen. Las circunstancias agravantes que he señalado anteriormente se aumentan con otras; razón teníamos al insinuar que no serían aquellas circunstancias las únicas, en la gravación de su culpa, la culpa de usted, Carmen Laforet, sino que irían saliendo otras, si desentrañáramos bien el caso. Y la primera que advertimos, después de las señaladas, es la edad de usted, Carmen. Ha nacido usted en 1921; tiene usted, por lo tanto, veinticuatro años. No sé si me equivoco. ¿Y usted cree que a esa edad se puede hacer lo que usted ha hecho? Decía Emilia Pardo Bazán, al estudiar a Dostoievski, en su libro sobre la revolución y la novela en Rusia, que tenía que rectificar. ¿Y qué es lo que rectificaba la Pardo bazán, a propósito de Dostoievski? Había dicho Emilia años atrás que en la novela no se podía hacer cosa de provecho antes de los veinticinco años. Y Dostoievski publicó una de sus mejores novelas antes de esa edad. Emilia Pardo Bazán rectificaba; rectificaría también en el caso de usted, en el de usted, que ha publicado "Nada" antes de cumplir los cinco lustros. Eso precisamente agrava el caso de usted. ¿Cómo se entiende? ¿Qué es eso de publicar una bellísima novela a esa edad, en que se

suelen publicar tanteos, probaturas, ensayos? De antuvión, quiero decir, de un golpe, sin decir "agua va", usted publica, estampa, lanza al público, nos pone ante las narices, una novela magistral. Y como si fuera un desafío sonrío usted –lo veo en su retrato- con cierta sonrisita de burla, de ironía, de sarcasmo. ¿Cuál va a ser nuestra actitud ante su novela? Por mi parte, como soy indulgente, la elogiaré; causarán extrañeza, asombro, escándalo, mis elogios; pero yo saldré al paso diciendo que estas laudes son laudes mentidas; no he tenido más remedio que otorgarlas; las he tributado; pero para mi capote pienso otra cosa. Tal declaración, hecha confidencialmente, me reconciliará con cuantos piensan que una mujer, como usted, una mujer que está en el inicio de la vida, como si dijéramos, no ha de poder escribir una obra magistral. ¡Si fuera, por lo menos – éste por lo menos creo que tiene alguna miga-; si fuera, por lo menos, un hombre el autor de "Nada", hombre y barbado, y caduco, y decrepito; un hombre de quien no pudiésemos esperar ya nada, puesto que estaría al borde de la tumba y no podría, verosímilmente, darnos otro susto con la publicación de otra novela admirable! ¿Por qué, Carmen Laforet, no ha nacido usted en 1900? ¿En 1900 o años antes? Podrá usted decir, como el escritor festivo: "Yo no nací, me nacieron". Pero eso, una salida de tono, no la excusa a usted. Y ahora, con la publicación, de buenas a primeras, de una novela original por una desconocida, ¿qué va a pasar? Si esa novela es cosa que pone un hito en nuestra novelística, como lo ponen los otros novelistas nuevos que excuso nombrar, ¿de qué modo hablarán de su novela? ¿Verán, si quieren verlo, toda la originalidad de "Nada"? ¿Elogiarán lo que no merece elogios, por cosa sabida, y pasarán en silencio, si es que no lo reprueban, lo que tiene de más original su obra? No sé, Carmen, lo que va a acontecer; algunos atrevidos, osados, despreciadores de las normas comunes, he visto que elogian su novela; no salgo de mi asombro; me sumen esos elogios en un "mar de confusiones", como se decía tiempo atrás en los discursos y en los artículos periodísticos.

¡Ah, Carmen, Carmen Laforet! ¡Qué cosas hacen las jóvenes que no saben lo que se hacen! Por lo menos, otra vez "por lo menos", júrenos usted que no lo hará más; necesitamos esa declaración para nuestra tranquilidad; usted es buena, Carmen, lo veo en esa misma sonrisita que yo interpreto a mi modo; usted es buena y reconocerá su falta. Y si acaso toma usted la pluma, lo que Dios no quiera, para escribir otra novela, que no sea como "Nada", es decir, una novela nueva, sino una novela vulgar, pesada, prolija, sin observación minuciosa y fiel, sin entresijos psicológicos que nos hacen pensar y sentir. Sólo de este modo atenuará usted su primera y funesta falta. Sólo así le sonreiré yo, por mi parte, con bondad y con indulgencia. ¡Y que le vaya a usted bien, querida Carmen, Carmen Laforet!

Destino, Barcelona, 21 de julio de 1945